

HOLLE IN THE WALL

Un boquete en el muro

PUBLICADO EN

Varia Architectonica, Madrid, 2015

HOLLE IN THE WALL

Un boquete en el muro

Dedicado a Jesús Aparicio Guisado

Hole in the Wall, así se titulaba una famosa canción de Mel Waiters, el popular cantante norteamericano de Texas, que cantaba en la misma época en que Pink Floyd hacía famoso su *Another brick in the Wall*, de Roger Waters.

Pero no es de este agujero en el muro del que yo quiero hablarles aquí. Porque en arquitectura, un hueco en el muro es mucho. Es mucho más de lo que parece. Es una puerta o una ventana, o un nicho. En arquitectura excavamos un hueco en el muro para que por allí entren las personas, y la luz y el aire y la sombra. O desde dentro, para enmarcar el paisaje y hacerlo entrar. O para que Rembrandt pueda pintar alguno de sus geniales cuadros, como el viejo leyendo junto a una ventana.

Estos huecos, puertas o ventanas, suelen ser cuadrangulares por razón de las carpinterías con las que los arquitectos después controlamos lo que pasa dentro. Las carpinterías, que suelen ser practicables, móviles, son más sencillas de resolver cuando son cuadrangulares.

La proliferación de huecos redondos en ciertos edificios contemporáneos, obedece más al capricho formal de los arquitectos que a la lógica. No hacen más que complicar las cosas. Lo que no quita para que el agujero más notable de la historia de la arquitectura sea redondo: el óculo del Panteón de Roma con sus 9 metros de diámetro que no tiene, ni las necesita, carpinterías. Porque por ese óculo divino pasa la luz del sol, el aire de la primavera romana, y hasta los pájaros, y con todos ellos la belleza.

Pero tampoco es de las puertas o de las ventanas o de los nichos de lo que quiero hablar aquí. Quiero centrar este texto en lo que significa en arquitectura el excavar un muro sólido y sus consecuencias. El muro que, como bien dice el profesor Aparicio Guisado en su hermoso libro *El Muro*, es el más básico elemento de la arquitectura.

Cuando en un muro se excava un hueco, el hueco se llena de oscuridad, de sombra. En arquitectura siempre, tras cada operación de excavación, se produce algo parecido a un milagro. Y si se sigue excavando, hasta traspasarlo, entonces aparecerán las puertas o las ventanas.

Sucede algo parecido a aquello que se decía del gran escultor Henry Moore: “fabricó su obra de piedra, de bronce y de hueco”, claro, clarísimo. Henry Moore decía: “*The first hole made through a piece of stone is a revelation*”. El primer agujero hecho en un trozo de piedra es una revelación. Y tenía razón. Un arquitecto sabe bien que excavar una piedra, hacer un agujero en una piedra, es la manera de hacer visible la masa de una piedra, su carácter estereotómico. Moore sabía bien que excavar es un mecanismo eficaz para revelar la belleza de la gravedad de la piedra a través de excavar la masa con la sombra hasta el fondo.

Claro que, si a escultura nos referimos, no podemos dejar de citar a Bernini, uno de los mejores arquitectos de la Historia de la arquitectura que, a la vez, también oficiaba de escultor sublime y que tan bien entendía de estas cuestiones. Su magnífica cabeza denominada *Anima dannata*, además de ser un manifiesto de un grito desgarrado de dolor, es un manifiesto de este hueco en el sólido, hueco en la piedra, hueco en el mármol, que hace que esa sombra profunda, por encima del hecho descrito en esa cabeza, dé razón de ser a esa escultura, resuelva un tema universal de la escultura como creación. Y claro, también de la arquitectura. Toda la arquitectura maravillosa de Bernini es un canto a la luz, pero también a la sombra.

La admirable *Anima dannata* la hace Bernini en 1619 para la corte española y se encuentra hoy en el Palacio de la Embajada de España en Roma. Se pudo ver en vivo y en directo en Madrid en la exposición *Las ánimas* de Bernini. Arte en Roma para la corte española que comisariada por Delfín Rodríguez se expuso en el Museo del Prado en Madrid en 2015.

Claro que en la colección permanente del Reina Sofía en Madrid, hay una cabeza de Medardo Rosso titulada *Bambina che ride* cuyo parecido con la *Anima dannata* de Bernini es sorprendente. O la *Cabeza de Monserrat* de Julio González de 1942, hoy en el MOMA de Nueva York, que parecería que el gran escultor español hubiera tenido delante las dos esculturas anteriormente citadas. Porque la idea central es la misma: excavar con la sombra el sólido capaz. En el caso de Bernini, en mármol blanco. En el caso de Rosso, la cabeza está hecha de escayola y cera. En el caso de González, fundida en bronce. Excavar con la sombra el sólido, ¿escultura?, ¿arquitectura? Y es que arquitectura y escultura tienen muchos mecanismos comunes.

El escultor, escribía Oteiza, “vacía, excava, penetra”. De fuera a dentro.

El arquitecto, escribo yo, genera, crea, construye, de dentro a fuera.

En las arquitecturas más primitivas ya encontramos esta pulsación. ¿No es la cueva, la primera arquitectura encontrada y manipulada por el hombre, una excavación en la roca llena de sombra para poder ser habitada?

Hay una imagen bellísima del fotógrafo Laurent sobre las Termas con Heliocaminus de la Villa Adriana en Tivoli, donde aparecen superpuestos verticalmente dos grandes huecos en el muro. El de abajo se corresponde con otro gran hueco idéntico y alineado de manera que deja ver al fondo el paisaje natural. El de arriba todo lleno de sombra, de oscuridad, dota a esa imagen de un cierto carácter pedagógico que le da capacidad de resumir todo lo que yo querría expresar en este texto.